

EL HOMBRE O LA MAQUINA



OS adelantos de la cibernética y aun la misma aparición de esta ciencia han modificado ya las estructuras que fueron clásicas en la vida social. La automatización acosa al hombre, el cual corre el riesgo de ser desplazado por la máquina. Entre otras mudanzas trascendentales, el acontecimiento de la automatización nos hace ver con claridad que, en el futuro, el hombre ya no podrá ser valorado por los oficios que desempeñe, como acontecía, equiparándole a una partida del baremo comercial de la sociedad, sino como a hombre, con independencia de la energía física que pueda desarrollar, en la cual ciertamente le puede aventajar la máquina en muchas ocasiones. Y ante este hecho se preguntan los sociólogos cual ha de ser en el futuro la dimensión del hombre, cual su función en un mundo tecnificado y automatizado.

Esta cuestión fue propuesta, poco antes de su muerte, a uno de los pioneros de la cibernética, el profesor Norbert Wiener, y su parecer lo tenemos ahora en una revista de gran difusión. Se trata sólo de saber si la máquina es capaz de desbancar o de desbordar al hombre. Y ello teniendo en cuenta las anticipaciones de la cibernética, que sólo se halla en fase de proyección, ya que el primer computador electrónico fue puesto en funcionamiento hace sólo doce años; actualmente se está estudiando la posibilidad de que las máquinas tengan no sólo una "memoria" mecánica, sino genética, con la intervención de los ácidos nucleicos y de sustancias que algo tienen que ver con la "genes". Con ello es posible que existan, pronto, máquinas capaces de "decidir". Pero cuando Wiener es preguntado sobre esta cuestión tan simple de si la máquina desplazará al hombre contesta que eso dependerá del hombre. "Las máquinas son para que las use el hombre, pero si el hombre prefiere dejar a la propia máquina todo lo relativo a su empleo, ya por exceso de adoración o porque tema tomar decisiones, entonces el hombre puede ser desplazado por la máquina". En resumen: el hombre ha de ser —es— más inteligente que la máquina; si gana la máquina, la culpa será del hombre. Mas si consideramos la máquina como una extensión de nuestras facultades, siempre podremos controlarla. Esta es la síntesis del parecer del que fue primerísima autoridad en materia tan decisiva.

¿Qué hace el hombre, qué hará? La tradición judeo-cristiana, base de la cultura occidental, mantiene la noción fundamental del alma individual, de la particularidad de la conciencia de cada hombre, y también del valor de la vida humana, hombre por hombre. Por un lado, el hombre siente, pues, la primacía de su individualidad; por otro, la sociología y la electrónica —la época— le masifican y colectivizan. La conciencia individual puede —debe— ser intangible, sin mengua, antes en apoyo de la dimensión de "equipo" que está en los cimientos del mundo que alumbró. En esta encrucijada se advierten dos modos distintos y divergentes de condicionar al hombre en la sociedad actual. Por un lado asombra la argumentación utilizada repetidamente por los dirigentes de la China de Mao respecto a la supervivencia de su enorme país, en caso de una guerra nuclear. Según ellos, China sería el país vencedor por ser precisamente el más poblado de la tierra. Esta abjuración de la individualidad y el desprecio total a la significación del hombre y de la vida humana contrastan con la previsión de los hombres del resto del mundo, los cuales se disponen ya a acoplarse a la realidad, con ventaja para la permanencia de la vida y de la personalidad de cada cual.

La época es masificadora, pero no suicida. El hombre no quiere sentirse una simple gota de agua en un océano borrascoso. Podemos advertir que, al margen de las etiquetas estratégicas o políticas, existe una divisoria, algo que pudiéramos llamar el "telón del humanismo", más acá del cual conviven todos los hombres que descubren con inquietud, pero también con esperanza, el verdadero sentido de nuestro tiempo.

Contra la teoría del catastrofismo y de la supervivencia racista, en un mundo de escombros, están ya las estadísticas del nuevo humanismo. Lo

que se está llevando a término no asoma apenas en los periódicos porque este nuevo humanismo es, como el antiguo, discreto y pacificador. Lo que el mundo está construyendo y poniendo en marcha no son fábricas de máquinas, sino fábricas de hombres capaces de controlarlas, de perfeccionarlas y de dominarlas. En lugar de fábricas de ingenios —o además de ellas— lo que el mundo hace son fábricas de ingenieros. La URSS fabrica quinientos mil ingenieros todos los años; los Estados Unidos, trescientos mil. La palabra "ingeniero" no es exacta; en realidad, se trata de nuevos humanistas. En un lugar y en otro, así como en los principales centros de la Europa occidental, esos hombres obtienen una cultura básica que se complementa con la formación simplemente humana. Una eminencia de la investigación francesa afirma sobre ello: "No es posible ser ingeniero sin virilidad". Se refiere a la salud física y a la templanza moral, que hace que ellos no sean simples "sabios" de la electrónica sino, además, atletas, expertos en judo o capaces de pilotar un avión. He aquí la promoción que ha de valerle de las máquinas y hacerlas "pensar".

Propiamente, lo que se enseña en estas fábricas de hombres no es la matemática, la técnica o la física, sino la "inducción". Se trata de una pedagogía que estimule los métodos de descubrimiento, la imaginación creadora. Según leemos, han periclitado aquellos modos del alumno aplicado o descolante, al que se le auguraba un porvenir individual y una catadura de genio ya en los primeros cursos. A veces, la intuición y el atisbo aparecen en hombres aparentemente poco dotados. Evaristo Galois, que murió a los veintinueve años, después de haber transfigurado las matemáticas tuvo notas desfavorables en esta materia hasta los dieciséis. No se trata ahora de ser descolante en los estudios, sino en la "imaginación". La individualidad del genio ha desaparecido. Recordamos ahora aquella aseveración del conde de Keyserling: "El hombre que no es capaz de reirse de lo que representa será siempre un subalterno". Pero es que desde entonces acá ha ocurrido en el mundo algo excepcional; y es el inmenso botín de conocimientos que se abren, la extensión del campo inexplorado que se ofrece al hombre actual. "Sabemos demasiado —dice Philip Oppenheimer— para que un solo hombre pueda saber mucho."

Se ha dervanecido la imagen de un Pasteur o de un Edison, escrutando en solitario los misterios ignorados. Hoy día, un matemático que descienda del álgebra a la realización necesita de la colaboración del físico y de su equipo de especialistas. Todo gran descubridor requiere el auxilio de docenas de otros científicos, algunos de los cuales tengan su misma altura y un relieve similar al suyo. Mientras las funciones se comparten y subdividen cada vez más, se advierte con mayor claridad que la ciencia es el desarrollo de una lógica unitaria.

nuevo humanismo

A menudo nos encontramos abrumados por el peso de nuestra época y por las apariencias belicósas fragmentadoras que ésta nos manifiesta. Quizá las luchas raciales y estratégicas no sean más que la punta de un iceberg que asoma mientras la base y la masa que lo equilibra flota debajo de la superficie. Lo que hay por debajo de la línea de flotación es en nuestro tiempo mucho más importante que lo que se nos muestra. Cualquiera de los hombres de nuestra edad ha de pensar que es una pena no nacer ahora.

Las levas del urgente "humanismo" de nuestra época se están movilizándolo masivamente, sin que reparemos en ello como merece. Desde aquí, los orígenes de la industrialización y las consecuencias sociales que durante un siglo acarrearón al mundo, con su séquito de guerras nacionales y continentales, se pueden contemplar como espectros de una época histórica superada. Los medios públicos de difusión no alcanzan a darnos más que lo que es espectacular y lo terrorífico de nuestra civilización técnica. Pero queda por ver el silencioso adelanto de millones de inteligencias confabuladas, la genérica cooperativa mental de los investigadores y los politécnicos, en colosal camaradería. No hay duda de que ellos son la garantía de nuestra época. Ellos son los que impedirán que se condicione el resultado de un estallido nuclear a la supervivencia demográfica, y serán capaces de oponer al abstracto concepto de humanidad un nuevo "humanismo".